

Afganistán, la guerra sin fondo

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 13.09.09

Ocho años de guerra son muchos. Sobre todo cuando se trata de un conflicto mal planteado, mal conducido y cuyo objetivo es incierto. ¿Qué persiguen las fuerzas de la OTAN en Afganistán? El ministro francés de Asuntos Exteriores dijo el pasado día 2 que "hay que decirlo claro: no existe una solución militar. La solución vendrá de los mismos afganos". Y el representante especial norteamericano para Afganistán y Pakistán, Richard Holbrooke, un diplomático no precisamente torpe, se expresó en agosto en términos desconcertantes que rayan en la perogrullada: "Me gusta más hablar de tener éxito que de vencer", y: "Sabremos que hemos tenido éxito cuando lo veamos". Otros responsables han hablado de posibles largos plazos. La palabra victoria no aparece en boca de nadie.

La de Afganistán es una de estas guerras actuales, llamadas asimétricas, a las cuales no se sabe cómo definir. Se parece a las guerras coloniales de antaño pero no lo es. Si nos atenemos a que en ella combaten también afganos contra afganos cabría considerarla una guerra civil, aunque tampoco lo es exactamente. Fue la respuesta norteamericana a la terrible agresión terrorista del 11-S. Un éxito, inicialmente. Pero bien pronto todo se complicó. Y actualmente más de un setenta por ciento del país está prácticamente en manos de los talibanes.

En marzo Obama dijo: "No estamos en Afganistán para controlar el país y decidir su futuro. Estamos para derrotar a Al Qaeda". Lo cual es un

criterio cuando menos parcial. En Afganistán lo que se intenta es evitar que los talibanes recuperen el poder. Y por ahora no parece que ni los aliados ni sus enemigos tengan la posibilidad de que puedan declararse vencedores. En estas condiciones cunde el malhumor en las opiniones públicas de los países aliados. Se preguntan para qué la suma imparable de víctimas propias. Pero también para qué la de inocentes afganos civiles. Agrava el creciente malestar precisamente que no se ven claros los medios ni los fines de una lucha de resultados improbables.

En Europa, también en Estados Unidos, se extiende el cansancio de una inacabable guerra de desgaste. Y un difuso "¿qué se nos ha perdido allí?" propicia cada vez más explícitas conjeturas sobre cuándo la retirada. La mala conciencia, los escrúpulos producen su efecto en sociedades donde estos sentimientos se tienen en cuenta. Que es así queda bien claro a propósito del bombardeo ordenado por un comandante alemán que ha causado un número crecido de víctimas civiles afganas. El asunto ha repercutido en la opinión alemana y el Gobierno no puede ignorarlo. Menos aún a dos semanas de que se celebren elecciones generales. Si no se tratara de una guerra anómala, este desgraciado acontecimiento se consideraría un desagradable pero inevitable daño colateral sobre la población civil. ¿Pero con qué clase de misión de guerra están las tropas alemanas en Afganistán?

Y es que hay una cuestión de fondo que lo complica todo. Como queda dicho, Obama afirmó que los aliados no están en Afganistán para controlar el país y decidir su futuro. Y, sin embargo, los mismos gobiernos afectados se dicen comprometidos en la tarea de crear un sistema democrático que normalice la vida del país. Incluso capaz de acabar con la corrupción, el caos de las fracciones armadas y combatir el

volumen desorbitado del narcotráfico. Un empeño, por cierto, que choca de manera decepcionante con la cruda realidad. Lo demuestran las turbias elecciones del 20 de agosto, cuyo largo escrutinio va dando como ganador al presidente saliente, Karzai, no precisamente un estadista de manos limpias y clara trayectoria para desenlazar el enmarañado, espinoso nudo étnico, político y bélico afgano.

Mal precedente para creer, como dijo el ministro francés Kouchner, que la solución vendrá de los mismos afganos. La solución política es improbable. La militar, ilusoria. En mayo, el comandante supremo estadounidense David McKiernan fue sustituido por el general McChrystal. El secretario de Defensa, Robert Gates, se explicó: "Tenemos una nueva política, un nuevo presidente, una nueva misión y necesitamos un nuevo liderazgo militar en la zona". Sobran motivos para creer que no es tan fácil.

Por eso gana terreno una conclusión: hay que irse. Pero ¿cómo?, ¿cuándo? Y ahí surgen todos los temores. Irse significa dejar en la intemperie política a Obama y con él al prestigio de su país; desacreditar gravemente a la OTAN y abrir una honda fisura entre los aliados europeos y Estados Unidos. Pero sobre todo abandonar supone, no hay que engañarse, dejar el camino abierto y llano para los talibanes y Al Qaeda pues poco cabe esperar del ejército afgano donde los de las potencias de la Alianza Atlántica hayan fracasado. Y entonces, ¿qué ocurriría en Pakistán, donde los talibanes también combaten, y cómo evitar que Irán alargue su mano hasta tierra afgana, donde ya influye?

Son cálculos y preguntas sobre los que la canciller Merkel ha dado un hábil rodeo al hablar de una posible "estrategia de transferencia" a

realizar en cinco años. Y para el estudio de los cuales Alemania, Francia y Gran Bretaña han convocado una conferencia que se celebrará este año. La guerra de ni ganar ni perder apremia.